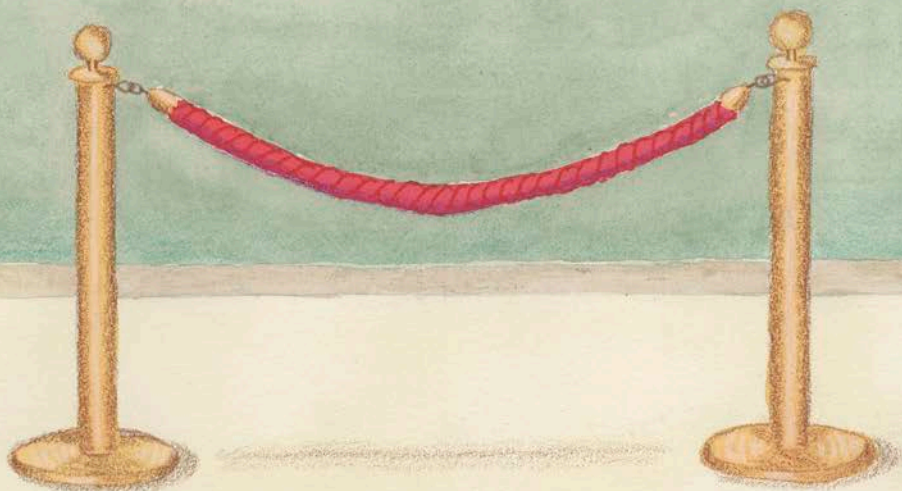




NO TRASPASE
EL CORDÓN

VV.AA.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a la dirección de email notraspaseelcordon@gmail.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o contactar con los autores.

Título original:

No traspase el cordón

© De los textos: sus respectivos autores, 2018.

© Ilustración portada: Lucía Cerdán Álvarez, 2018.

© Maquetación: Pulpture Ediciones, 2018

© Pulpture, 2018 es un sello editorial parte de Plural Mayestático, Grupo Editorial

<http://www.pluralmayestatico.com>

Domicilio Fiscal y oficina: c/ General Ramírez de Madrid, 18, 4ºA, 28020, Madrid, España

Un cuadro realista

Luis Ángel Guerras Martín

AMÍ NADIE ME dice lo que tengo que hacer. Reconozco que soy un poco rebelde, una actitud que me ha servido para sobrevivir en un mundo extraño.

—Perdone, ¿para ir al museo? —pregunté al primer guarda de seguridad que encontré cuando salí a la calle desde la estación de Atocha.

—Vaya hacia la glorieta y suba por el Paseo del Prado, todo seguido por la acera de la izquierda hasta que encuentre la entrada.

El guardia se quedó con el dedo señalando hacia el norte, mientras yo empezaba a andar hacia el este observando de reojo y con una media sonrisa su cara de sorpresa. Nunca acepto las indicaciones de la autoridad, ya he dicho que soy rebelde por naturaleza. De hecho, conozco perfectamente el recorrido, ya lo he hecho otras veces, es solo que me gusta llevar la contraria. Así que subí hacia el Retiro por la cuesta de Moyano y bajé de nuevo por Antonio Maura para, por fin, cruzando el Paseo del Prado, llegar a mi destino. Ya sé que tardé mucho más de lo razonable pero, al menos, lo hice a mi modo.

Pagué mi entrada y, sin pasar por la colección permanente, me dirigí directamente a la exposición de pintores realistas de Madrid. Había decidido visitarla, no porque me gustaran los realistas, sino por llevar la contraria. La verdad es que no

entendí nada. Al cabo de veinte minutos ya estaba harto de ver cuartos de baño, casas, flores, sandías, teléfonos, alfombras y toda clase de objetos. Estos aparecían siempre bien colocados, bien ordenados. A veces un poco revueltos, sí, pero deliberada y milimétricamente revueltos. Como si alguien hubiera estado poniéndolos de ese modo con sumo cuidado.

Cansado de vagar de sala en sala, me senté frente a un cuadro. Un cuarto de baño antiguo con un lavabo blanco antiguo y un espejo sin enmarcar, también antiguo. Bajo el espejo, una repisa de cristal con la esquina izquierda rota, seguramente por el golpe de un frasco al caer. Sobre la repisa, brochas y cuchillas de afeitar, cepillos de dientes en un vaso, un frasco de agua de colonia...

Todo ello sobre un fondo de antiguos azulejos blancos horadado por un enchufe. También blanco. En el suelo de losetas hexagonales blancas (¡qué manía con el blanco!), el mocho de una fregona asomaba con timidez, como si no se atreviera a formar parte del cuadro. En el cartelito ponía que era de Antonio López pero, para mí, como si fuera de Abundio Marcorena.

Alguien se sentó a mi lado. Se quedó mirando el mismo cuadro con atención. Me molestó tener que moverme un poco para dejarle sitio.

—¿Usted prefiere afeitarse con maquinilla eléctrica o con la cuchilla de toda la vida? —soltó de repente mi compañero de banco.

Cuando me giré, sorprendido por la pregunta, vi que era un señor con una barba desaliñada, la camisa por fuera, un moco colgando de la nariz, una sandalia en el pie izquierdo y una bota militar en el pie derecho. Por lo demás, todo normal.

—Cuchilla, por supuesto —contesté—. Pero lo que no sé es por qué el grifo del agua caliente siempre lleva color rojo y el del agua fría, azul. ¿Usted lo sabe?

—¿Y por qué el jabón está en el lavabo a la izquierda en lugar de a la derecha? ¿Usted se lo explica? —dijo, devolviéndome la pregunta de distracción que le acababa de hacer.

—Yo creo que es una metáfora —dije sin saber muy bien por qué.

—Ya le entiendo —me contestó—. Los «rojos» son más guarros porque no se lavan, para eso les ponen el jabón, para que se laven.

—¿Usted es «rojo»? —le pregunté.

—No especialmente, ¿por qué lo pregunta?

—Se lo preguntaré de otra manera: ¿usted se lava?

—Una vez lo hice. No me gustó.

—Pues apesta. Ahí tiene un frasco de colonia —dije señalando con la cabeza al cuadro—, podía ponerse un poco al menos.

—Ya está empezado el frasco—me contestó—, no me parece bien usar las cosas de otro. ¿De quién cree que son?

Me puse a mirar el móvil ignorando su pregunta. Es lo que hacen los jóvenes cuando no les interesa lo que les estás contando. Una especie de código secreto que solo ellos conocen. Se concentran en los mensajes o en cualquier otra aplicación como si no existiera nada más en el mundo. A mí no me había llegado ningún mensaje, tampoco lo esperaba, pero al menos me desconecté por unos segundos de la verborrea de mi acompañante casual. Ciertamente, el descanso me duró poco.

—Hay un segurata que no deja de mirar hacia aquí, no se vuelva—me advirtió—. Seguro que todas esas cosas del cuadro son tuyas y vigila para que no nos las llevemos.

—Si quiere voy a preguntarle algo y le despisto mientras usted se echa colonia.

—Vale, luego más tarde, si no le importa. No se olvide de tapar antes el espejo, no me vayan a descubrir por el reflejo.

Harto ya de la cansina conversación sobre los olores corporales, intenté una nueva maniobra de distracción. Aprovechando que seguía con el móvil en la mano, simulé buscar algo deslizándolo de un lado para otro. Luego abrí tres o cuatro aplicaciones sin saber qué hacer con ellas. Finalmente, vi en la parte superior de la pantalla: 20%.

—Vaya, tengo la batería del móvil baja —dije—. ¿Usted cree que tendrá corriente el enchufe del cuadro?

—La semana pasada sí tenía, yo metí los dedos y me dio calambre.

—No me he traído el cargador. Igual venden en la tienda del museo —apunté.

—Si lo pone a cargar, no lo pierda de vista. Yo lo dejé un día en la repisa, junto al cepillo del pelo, fui a mear al cuadro de al lado, que tiene retrete, y cuando volví, alguien me lo había quitado.

—Si es que ya no se respeta nada. Tome, le regalo el móvil, yo llevo una docena en la mochila, por si acaso, pero en realidad, solo uso la mitad.

No le debió de gustar mi oferta porque la ignoró descaradamente. Esta vez fue él quien cambió el rumbo de la conversación.

—Voy un momento a avisar a los de la limpieza. Alguien se dejó la fregona olvidada esta mañana —dijo, mirando al mocho que aparecía tímidamente en la base del cuadro.

—¿Está seguro? —le pregunté.

—Sí, anoche no estaba. O al menos yo no lo recuerdo.

Como lo del móvil no me había funcionado, intenté una nueva treta, muy socorrida en estos casos.

—Bueno, me voy a comer algo.

—Yo también iré en breve. En la otra sala hay unos bodegones con una fruta muy apetitosa —me dijo.

—No me gusta la fruta. De todas formas, me daré una vuelta, seguro que algún bodegón tiene algo que me apetece.

—¿Le parece que nos veamos aquí después de comer?

—Vale —le contesté.

—Así aprovechamos para lavarnos los dientes. He puesto un cepillo de más en el vaso por si venía usted.

—Pues casi no llego. No conozco bien Madrid y el guardia al que pregunté en Atocha me hizo dar una vuelta enorme —mentí.

—Yo nunca hago caso a los guardias —me contestó mientras volvía a centrar su atención en el cuadro.

Por supuesto, no volví. No me apeteecía nada de los bodegones de la sala de al lado. Salí del museo, crucé el Paseo del Prado, subí por Antonio Maura hasta llegar al Retiro, bajé por la cuesta de Moyano y llegué a Atocha a tiempo para coger el primer tren de vuelta. A mí nadie me dice lo que tengo que hacer.

ANEXO

Obras que aparecen, sin ser citadas, en algunos de los relatos

25 de noviembre

1. *Lágrimas negras*, Alejandra Corral «Kuska» (Salas de Tabacalera, Madrid, 2015)

Nuevo traje para un príncipe

1. *El príncipe Baltasar Carlos*, Velázquez (Museo del Prado, Madrid, 1635)
2. *Don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares*, Velázquez (Museo del Prado, Madrid, 1636)
3. *Felipe IV a caballo*, Velázquez (Museo del Prado, Madrid, 1635)
4. *La infanta Ana María*, Velázquez (Museo de Historia del Arte de Viena, 1652-1653)
5. *Doña Inés de Zúñiga y Velasco*, Velázquez (Museo Lázaro Galdiano, Madrid, 1660)
6. *El bufón Calabacillas*, Velázquez (Museo del Prado, Madrid, 1637-1639)
7. *Las Meninas*, Velázquez (Museo del Prado, Madrid, 1656)

Anexo

8. *La Venus del espejo*, Velázquez (National Gallery, Londres, 1647-51)
9. *Las Hilanderas*, Velázquez (Museo del Prado, Madrid, 1657)
10. *Los Borrachos*, Velázquez (Museo del Prado, Madrid, 1628-29)
11. *Joven mendigo*, Murillo (Museo del Louvre, París, 1650)

Un cuadro realista

1. *Lavabo y espejo*, Antonio López (Museum of Fine Arts, Boston, 1967)

Cuadros de una exposición

1. *Las tres edades de la mujer - La maternidad*, Gustav Klimt (Galleria Nazionale d'Arte Moderna e Contemporanea, Roma, 1905)
2. *Saturno devorando a su hijo*, Francisco de Goya (Museo del Prado, Madrid, 1819-1823)
3. *Los amantes*, René Magritte (MoMA, Nueva York, 1928)
4. *Pescadores en el mar*, Joseph William Turner (Tate Modern, Londres, 1796)
5. *El grito*, Edvard Munch (Nasjonalgalleriet, Oslo, 1893)
6. *Mano con esfera reflejante*, M.C. Escher (Gemeentemuseum Den Haag, La Haya, 1935)

ÍNDICE

1. Prólogo	7
2. <i>Tías que van al museo</i>	11
Eva Navais	
3. <i>Amistad</i>	15
Lucía Cerdán Álvarez	
4. <i>Mujer lavando en el río</i>	25
José Antonio García de la Concepción	
5. <i>25 de noviembre</i>	29
Marga Lorenzo	
6. <i>Nuevo traje para un príncipe</i>	33
Francisco Domínguez Agudelo	
7. <i>Agnus Dei</i>	41
Verónica Díez Arias	
8. <i>Gambito de Dama</i>	49
Manuel Soler Arnedo	
9. <i>Un cuadro realista</i>	59
Luis Ángel Guerras Martín	
10. <i>Marditamadre</i>	65
Sierrri Hinojosa Ruz	
11. <i>La creación</i>	77
Jorge Duarte Ruiz	
12. <i>Consuelo</i>	85
Alejandro J. Cantos	
13. <i>Adiós al amor libre</i>	95
José Manuel Pinto	
14. <i>Cuadros de una exposición</i>	101
Miguel Garrido de Vega	
15. Anexo	121

Dedicado a la memoria de José Manuel Pinto,
que trató nuestras mentes con la terapia de la risa.

«En un mundo ideal, este libro habría llegado a sus manos rodeado por un cordón. Un cordón de seguridad que mantenga a distancia a los curiosos. Un cordón rojizo que, asimismo, proteja al lector del contenido que guardan sus tapas. Y antes de que pudiera romperlo y adentrarse en el interior, una etiqueta debería advertirle: ¿Está seguro de lo que va a hacer?».

Del Prólogo, JUAN JACINTO MUÑOZ RENGEL

Alejandro J. Cantos | Lucía Cerdán Álvarez | Verónica Díez Arias
Francisco Domínguez Agudelo | Jorge Duarte Ruiz
José Antonio García de la Concepción | Miguel Garrido de Vega
Luis Ángel Guerras Martín | Sierri Hinojosa Ruz | Marga Lorenzo
Eva Navais | José Manuel Pinto | Manuel Soler Arnedo

